

torcedura de pie ni abandono; yéndose de tal modo airada, que el joven, aplastado por la escena, la dejó marchar sin hacer nada para detenerla. Algunos minutos más tarde se lanzó detrás, pero no la vió. Mientras tanto, Susana subió á un carruaje que la llevaba hacia la calle de Murillo, maliciosa y enternecida, soñando en visitarle allí en aquel interior, tan tranquilo, tan discreto, tan retirado, que Renato le había descrito. Seguramente le enviaría una y dos cartas á que no contestaría, y á la tercera ó á la cuarta, simulando que tenía un proyecto de suicidio, iría á su casa para salvarlo.

La ironía de la suerte hizo que en aquel momento divisara al Barón Desforges que iba á casa de Susana á pedirla de almorzar. Miró su lindo reloj y eran apenas las doce y veinte; volvía á tiempo, y después de la dicha de aquella mañana, sintió un placer exquisito en bajar la cortina de la portezuela cuando pasó por cerca de aquel otro hombre, que no llegó á verla.

XII

LEALTAD CRUEL

—Me ama, y nunca me perdonará la confesión que le he arrancado—se dijo Renato al salir del Museo, presa de las más hondas emociones.

Susana, por consiguiente, no sólo no dejó caer sus alas de ángel con la declaración, sino que, por el contrario, las desplegó hasta el infinito al volar. El poeta abrigaba la triste convicción de que el propósito de no volverse á ver anunciado, era realmente sincero, y de aquí su pesar inmenso. Tomó un coche y se hizo llevar á Saint Cloud, sintiendo un placer salvaje en emboscarse cuando llegó, y á través de los troncos negros y de las desnudas ramas, apercibía la melancólica ruina del antiguo castillo en que la señora de Moraines había visto en otros tiempos pasearse al desdichado y noble Príncipe muerto en el Cabo. Pero estas impresiones no le apartaban de la idea fija que le perseguía. ¿Cómo ver de nuevo y torcer la voluntad de Susana? Ni forzar la puerta de su casa, ni buscarla en los salones

que frecuentaba, ni apostarse en las esquinas y teatros parecía delicado al poeta por si en esto encontraba ella motivo para disminuir su afecto; de ella misma deseaba obtener hasta el derecho de contemplarla. Dante con su Beatriz, Petrarca con su Laura, Cino de Pistoia con su Silvia, eran el tipo de Renato; obedecer en absoluto y sufrir. Vino la tarde, tarde de invierno fría y siniestra, y agotado por el exceso de emoción y contrarios pensamientos, se detuvo en el único proyecto inmediatamente realizable: escribir á Susana. Entró en un café de Saint-Cloud, y allí, sobre una mesa inmunda y con una pluma repugnante, al ruido de las bolas del billar, con el humo de las pipas, bajo la mirada de un mozo malicioso, compuso una primera carta, luego una segunda, después una tercera, avergonzado del sitio y del papel. ¡Pero imposible esperar! ¡Qué admiración hubiera experimentado el Barón Desforges, si leyera la manifestación que el poeta dirigía á la Susana de la calle del Monte-Tabor!

«Muchas cartas he escrito á usted y otras tantas he roto, señora, y aún no sé si enviaré la presente. ¡Tanto es mi temor de desagradarla, manifestándole los sentimientos que me inspira, sentimientos que seguramente no le disgustarían si los viese! Mas en el corazón no

puede leerse, y lamentaría que no me creyese usted cuando le diga que la emoción que me dicta estas líneas, en nada ofende ni á la más delicada de las mujeres, ni á la más pura, ni á usted, señora. Me conoce usted poco, y la afección que usted se ha dignado significarme con la divina sinceridad de un alma que repugna toda mentira, fué tan inesperada, que tal vez en este momento haya sido borrada y condenada por completo. Si así es, no me conteste ni me lea siquiera, que comprenderé su silencio y su determinación, y aunque sufriré cruelmente, siempre le agradeceré que me haya proporcionado la alegría absoluta de contemplar el ideal de todos mis sueños de joven tomar cuerpo ante mí.

»Por indigno que sea, si el sentimiento que he visto en esos lindos ojos, que jamás olvidaré, si esa simpatía permanece viva en el corazón de usted aun contra su deseo, yo le ruego saque de ella un poco de piedad antes de confirmarse la terrible prohibición de encontrarnos más. He creído sospechar en los breves instantes de conversación que hemos tenido, que si bien parece usted satisfecha de la vida, se siente usted en el fondo desheredada de muchas cosas. ¿No ha experimentado usted nunca la necesidad de un amigo que no

le repitiera jamás lo que una vez se atrevió á decirle, á quien confiar las penas y que se alegrara de las alegrías de usted? Ese amigo, que usted tomaría y dejaría á su antojo sin queja de su parte, deseaba yo ser para usted antes del momento en que la emoción me dominara. ¿Qué me contestará usted? Ponga usted á prueba mi corazón y no tendrá motivo para arrepentirse. Dígame usted que me perdona, que vaya á ese santuario de la calle de Murillo, donde tan feliz he sido; pero si usted no lo consiente, no oirá de mis labios reproche alguno: ¡el martirio sustituirá al éxtasis, y siempre reconocido, porque al fin es también una dicha sufrir por la que se ama!»

Ya eran las seis cuando el poeta puso la carta en el correo, y casi en el mismo instante estuvo pesaroso de haberla echado. La angustia que le dominaba hizole olvidar por completo sus hábitos de familia. Comió en un restaurant al acaso, y la primera sensación que le trajo á la realidad de la vida fué la que recibió cuando Francisca le abrió la puerta de su casa á las nueve y media de la noche, toda asombrada.

—¡Ah, señorito; si usted supiera la inquietud de la señora!...

—Te has atormentado por mi ausencia—

dijo Renato á Emilia, que se precipitó en el corredor, al abrazarla.—No me riñas; ha sido por ella.

Emilia no tuvo valor para reprocharle tanto egoísmo, y se contentó con señalarle la puerta del comedor, contándole muy bajo que allí estaban las de Offarel. Estas sencillas palabras bastaron para que la fiebre de Renato cambiara inmediatamente de carácter. Por la mañana, en el Louvre, la imagen de Rosalía le causó un pesar, cuando se hallaba al lado de Susana, y ahora, sin preparación alguna, habría de ver, no ya la imagen, sino la persona misma y arrostrar la mirada que huía cobardemente hacia ya días. Presentósele la idea de su perfidia, pues habló de amor á otra mujer sin antes desligarse de aquella que debía considerar como su prometida. Entró en el comedor cual si fuera al suplicio, y bien pronto conoció que Rosalía leía en su corazón como en un libro abierto. Hallábase sentada entre su madre y Fresneau, trabajando, según costumbre, y con los pies apoyados en una silla vacía donde había puesto el ovillo de lana y el sombrero de su padre para obligarle á colocarse cerca de ella. Aquel padre inverosímil, que se quejaba de la gota en las muñecas, estaba allí bebiendo y jugando con Fresneau. Emilia había preparado esta partida para

evitar la conversación general y poder pensar en su hermano ausente. Angélica le había ayudado á devanar seda, y toda esta escena de humilde intimidad hizo que el poeta se acordara de aquello que fué el símbolo de su dicha, de aquello que para siempre había abandonado. Por fortuna, la gruesa voz del profesor se dejó oír y le impidió entregarse por completo á sus cavilaciones.

—¡Vaya una hermana razonable que tienes! ¡Pues no pensaba esperarte toda la noche! «¡Podía haber enviado un telegrama!... ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?» Y poco ha faltado para que mande al depósito judicial de cadáveres. Yo le decía:

—Renato almuerza y come con alguien... Offarel, ahora da usted.

—He ido á hacer una visita al campo y perdí el tren, eso es todo—dijo Renato.

—Qué mal mente—pensó Emilia, admirándose de la torpeza, signo de una habitual rectitud, como se hubiera admirado de su maquiavelismo.

—Le encuentro á usted algo pálido. ¿Está usted malo?—exclamó con su acritud la señora de Offarel.

—¿Quiere usted, Renato, que le haga sitio aquí?—dijo Rosalía con tímida sonrisa.—Voy á quitar el sombrero de papá.

—Dámelo, lo pondré en el aparador; es el número uno y mamá me refiría si le ocurriera accidente.

—Ya hace mucho tiempo que es el número uno—dijo Angélica riendo, y añadió cogiendo el de Renato:—éste sí que es un número uno auténtico—haciendo resaltar el contraste á la luz de la lámpara.

—Es que ya no hay nada bastante hermoso para Renato—repuso con acrimonia la madre, agregando:—bien dichosa serás si tu marido se puede vestir siempre tan bien como tu papá.

Renato, á pesar del epigrama de la terrible señora, se sentó al lado de Rosalía, y no se mezcló en el resto de la conversación, que la discreta Emilia llevó al terreno de la cocina, punto acerca del cual se apasionaba la de Offarel casi tanto como de sus gatos, y hacía sus viajes fuera del barrio para comprar el café en tal tienda y en tal otra las pastas de Italia, declarándose además como autora de algunas recetas, y entrando, por fin, en insignificantes detalles sobre los transeúntes ó los compañeros del ómnibus, cuando lo tomaba. Esta charla insustancial de la pobreza de espíritu de la señora divertía ordinariamente á Renato, porque alguna vez encontraba imágenes para expresar sus pensamien-

tos. Pero esta noche existía un abierto contraste entre la excitación romántica del poeta, como consecuencia de su entrevista con Susana, y las pequeñeces de este círculo, en el cual, sin embargo, había nacido. Rosalía representaba ese pasado del corazón, al que no perdonamos nunca que se convierta en obstáculo contra nuestro porvenir; se parecía mucho á su extravagante madre, como si de la semejanza hubiera sido responsable la hija; pero todas estas circunstancias eran motivo para la perfidia de Renato, que no tenía el triste valor de su compañero Claudio Larcher; pues de otro modo se hubiera confesado que la única razón de su mal humor residía muy principalmente en el hecho de haberla él engañado. Sea de ello lo que fuere, Renato se concentraba más y más en sus pensamientos hacia Susana, y por primera vez adoptó la firme resolución de romper definitivamente con Rosalía, diciéndose: — «Seré digno de *ella*»—y esta *ella* era la mujer perversa y mentirosa que tenía sobre la dulce y sincera niña la superioridad de un maravilloso exterior, de una rara ciencia de los trajes, de una incomparable monería sentimental y de una belleza profunda é íntimamente perturbadora. Por pérfidas que sean, tratándose de amor, la mayoría de las mujeres, no será

nunca su infamia bastante castigo para los secretos egoísmos de la mayor parte de los hombres.

Offarel dió la señal de partir, y levantándose dijo á Fresneau:

—Le he ganado á usted cuarenta céntimos, mis cigarros de la semana... vamos, ¿están ustedes ya listas?

—Puesto que estamos *todos* aquí—dijo la señora mirando á Renato,—¿cuándo vienen ustedes á comer á casa? ¿les convendrá el sábado? Creo que es el día de Fresneau.

El profesor respondió que sí, y entonces ella se volvió á Renato, añadiendo:

—¿Y usted también, Renato? En primer lugar, estará usted mejor en nuestra casa que en esas otras de gente rica donde el señor Larcher va de comensal...

—Señora...—exclamó el poeta.

—Bueno, bueno—contestó la vieja;—yo recuerdo siempre lo que decía mi buena mamá, que vale más un pedazo de pan negro en su casa, que una pava trufada en la de los demás.

Aunque la reflexión de la madre de Rosalía fuera sencillamente una necedad aplicada al desdichado Claudio, que por una caracterizada dispepsia casi ni podía beber una copa de vino generoso, mortificó á Renato como si

se tratara del más justo de los epigramas contra su amigo, como signo de una apasionada hostilidad entre su antiguo y su nuevo género de vida, y claro es que la impresión fué desfavorable á Rosalía. Acostóse, sin poder dormir, y cambiando el curso de las ideas, pensó en su carta. Un estremecimiento nervioso le cogía por si el marido de Susana la interceptaba, aquel tirano cuya brutalidad le causaba horror. Y aun suponiendo que llegara sin dificultad á manos de Susana, seguramente le desagradaría, y entonces deseaba que se perdiese en el camino, porque él sabía que algunas veces sucede cuando se quiere exactamente lo contrario; ¿por qué no había de suceder ahora que lo deseaba? Durmióse á las cuatro con ese sueño que rinde más que alivia, y despertó con el propósito de ruptura que había formado. ¿De qué medio valerse? El más sencillo era pedir una cita á Rosalía, como otras veces; pero Renato no se sintió con fuerzas, por esa deshonrosa piedad que consiste en retroceder ante las lágrimas de la mujer abandonada, y pensó en escribir. Fuéle difícil esta tarea, y durante sus vacilaciones llegó la hora del cartero. Por más que le parecía una insensatez esperar la contestación de Susana, el corazón del enamorado se conmovió al entrar Emilia en su cuarto con el periódico y la

correspondencia, que apartó á un lado con inquietante desaliento después de ojeada.

—Renato mío, tú tienes una pena—dijo Emilia con un género de abnegación y una ternura tan viva en su rostro, que el hermano la creyó ángel salvador de sus tormentos.

En el acto le contó su situación, lamentándose de haber llegado en sus relaciones con Rosalía á tal punto, culpándose de la ligereza con que la había comprometido, reprochándose, en fin, toda su conducta en el asunto.

Y Emilia, doliéndose de la decepción que le causaba su hermano, iba en la ceguedad de su cariño hasta formular severos juicios contra la inocente Rosalía.

—No la culpes—dijo Renato avergonzado;—el único culpable soy yo.

—Tú—contestó Emilia abrazándole,—tú eres demasiado tierno. Haré lo que quieres, porque nosotras las mujeres tenemos arte para decirlo todo... La lealtad te obliga á romper una situación extremadamente falsa... cuanto antes mejor... Hoy mismo iré á la calle de Bagneux, y si no encuentro sola á Rosalía, la pediré una cita.

A pesar de la confianza en su propia habilidad que había manifestado Emilia, comprendió bien pronto las dificultades de su embajada, claramente demostradas en el almuerzo,

inquietándose Fresneau y sintiendo Renato el remordimiento. Porque además emplear una tercera persona para decir la verdad á Rosalía, era la humillación cruel unida al dolor inevitable. A punto estuvo de impedir la visita de Emilia, pero la dejó marchar. Esta tristeza no le impidió pensar en el próximo correo, y el pensamiento acabó con la tristeza.

En tal estado de ánimo, volvió Emilia á la hora y media después de haber salido, sorprendiéndose Renato como si absolutamente hubiera olvidado la misión que le encargó; pero era tal la expresión que revelaba el semblante de Emilia, que le dejó trastornado:

—Y bien—preguntó con angustia.

—¡Ah! Renato, cuestión concluida; pero yo no la conocía...

—¿Qué ha contestado?

—Ni un solo reproche; lágrimas, ¡pero qué lágrimas!... ¡cómo te ama!... Su madre había salido con Angélica á buscar las provisiones para la comida del sábado... ¡qué ironía de la suerte!... yo no iré á esa comida... Cuando Rosalía me abrió la puerta, creí que se ponía mala, tal era su palidez; todo lo había adivinado, porque ella es como yo tratándose de ti, y tiene esa segunda vista del corazón... Entramos en su cuarto, lleno de tus retratos y tus recuerdos... Empecé á hablar dulce-

mente... me sentía tan conmovida como ella, y me dijo:

—Cuánto le agradezco que haya escogido á usted para hablarme; usted, por lo menos, no me llamará loca por amarle como le amo... pero ya estaba preparada desde hace algún tiempo. Era un sueño demasiado hermoso... suplíquele usted únicamente que me permita conservar sus cartas.

Y Emilia añadió:

—Y no me preguntes más, Renato mío, porque tengo miedo de que esta pena te ocasione alguna desgracia.